

bía derrotado, dejándolo muerto, al general D. Antonio Ortíz que cubría el punto. A Ronda, que figuraba como segundo en jefe de Garnica, lo autorizó para que formara un cuerpo á su exclusivo mando. El coronel Hernández (Cantaritos) recibió orden de salir á expedicionar por el Bajío; Gil Abarca, con los restos del batallón que antes mandaba Méndez Cardona, se dirigió á Apatzingán á aumentar su fuerza. En Uruapan quedó con el mismo objeto y nombrado Prefecto del Departamento, el coronel D. José María Hernández.

Todos estos jefes trabajaron con empeño en cumplir sus respectivas comisiones, que llenaron con éxito, excepción sea hecha de *Cantaritos*, quien apenas pisó el territorio de Guanajuato, cuando el 13 de Agosto fué batido en Yuriria, y el 17 sufrió una sorpresa en el rancho del Rodeo por una partida de franceses. Cantaritos murió en el combate y su guerrilla desapareció por de pronto, reuniéndose más tarde los soldados que la formaban y poniéndose á las órdenes de Agustín García que heredó el apodo de Hernández.

En todas partes se reclutaba gente, se adquiría armamento, se construían el parque y el vestuario.

Antes de un mes, la primera división, al mando de Régules, tenía más de mil hombres, y la segunda, á las inmediatas órdenes de Salazar, contaba con mil quinientas plazas. De nuevo, pues, el Ejército Republicano de Michoacán tomaba la iniciativa, expedicionando por los lugares ocupados por el enemigo y haciéndose allí de recursos. Los pueblos recobraban la esperanza de que la patria se salvaría.

CAPÍTULO XVI.

(1864)

Episodios en Zitácuaro.—Riva Palacio ejerciendo el patronato real.—El cura González.—Una sorpresa.—Una joven zitacuarensa.—Los zuavos, jinetes en mulas.—Situación angustiada de las familias de Zitácuaro.—Fuga de los imperialistas.—El cura de Santo Tomás.—Los dos volúmenes de una obra.—La biblioteca entera.—Las dos ediciones de la obra.—Peligro de una escisión entre Riva Palacio y Salazar.—Cobro de contribuciones y peligros á que estaban expuestos los comisionados de Hacienda.—Resistencia en Queréndaro.—Acciones de la hacienda de Ayala y del puerto de Medina.—El prisionero Becker.—Su canje.—Una carta del general Arteaga.—Pliegos interceptados al enemigo.

Mientras se verificaban estos sucesos en el centro y Sur de Michoacán, en el Oriente el general Riva Palacio adquiría mayor prestigio con sus últimos hechos de armas, siendo notable el incremento que iban tomando sus fuerzas. Ni lo desmoralizó la noticia que por todas partes circulaba de la defección de Caamaño con las tropas de su mando: y como al referirse aquel acontecimiento se agregaba que solamente habían logrado salvarse de la catástrofe las fuerzas de Eguiluz y las del coronel D. José María Hernández, el general Riva Palacio escribió á estos dos jefes invitándolos á que se le unieran para seguir combatiendo. Ambos contestaron rectificando la noticia y manifestando que, en consecuencia, no les parecía conveniente separarse de las fuerzas en que estaban militando, ni menos en los momentos en que la división acababa de sufrir un golpe rudo en el ataque de Pátzcuaro.

En aquellos días Márquez fué llamado á México, de donde regresó el 12 de Agosto. Se dijo entonces que Bazaine le hizo graves cargos por su impotencia en aniquilar las *gavillas* de Michoacán, disculpándose aquel jefe con el pretexto de que sus tropas no bastaban á cubrir las guarniciones, y además con el hecho de haberse retirado de aquella región las columnas francesas. Márquez volvió descontento á Morelia.

Llegamos á una época en que abundan en Zitácuaro los episodios de la campaña, ya sean ó no de carácter militar. Para una historia general son de poca importancia sus detalles; pero en el género anecdótico de la que estoy narrando, sintetizan bien aquella guerra, la saña de los imperialistas, el valor heroico de los soldados republicanos y el patriotismo exaltado de los habitantes de aquella magnánima ciudad.

El día 10 de Agosto se presentó al general Riva Palacio un anciano como de sesenta años, acompañado de un soldado con divisas de sargento. El primero, el anciano, vestía traje negro, y por un pequeño cuello de chaquira que usaba, se conocía que era un clérigo. Dijo llamarse Manuel Nicolás González y que era cura párroco de Zinacantepec (Estado de México). Refirió que, como lo tenía de costumbre, el domingo anterior había subido al púlpito en su iglesia y predicado á sus feligreses. Que después del sermón les había manifestado que no debían acceder á las pretensiones del jefe de la guarnición imperialista que acababa de establecerse en el pueblo, el cual les exigía que firmasen una acta de adhesión al imperio, y que se comprometiesen á tomar las armas contra los chinacos; les había dicho que aquel Gobierno, fundado en las bayonetas extranjeras, era un poder intruso que más tarde había de arrebatarse sus derechos á los habitantes del país, y por último, que los chinacos, lejos de ser bandidos, eran los defensores de la independencia nacional. Contó, además, que concluida la misa, iba saliendo del templo, cuando se vió rodeado por una escolta de soldados y conducido á presencia del comandante Calleja, jefe del destacamento; que este oficial lo insultó cobardemente y lo mandó preso, dando orden de que al siguiente día fuese pasado por las armas y colgado su cadáver en la puerta del atrio de la parroquia: que en virtud de estas

disposiciones fué encapillado en el cuartel, y en la noche solicitó se le permitiera ir al corral á satisfacer una necesidad, y que yendo acompañado del jefe de la guardia, ya en el sitio mencionado, dicho jefe le propuso que salvarsen ambos las tapias y huyesen á lugares ocupados por los liberales: que así lo hicieron, andando toda la noche, sin seguir camino practicado, sino tomando solamente la dirección, y que habían logrado llegar sanos y salvos á Zitácuaro.

El general oía atentamente este relato, sin contestar palabra, cuando Nicolás Romero dijo que conocía de fama al cura González y sabía que, en efecto, era partidario de la causa liberal. Riva Palacio entonces mandó que se ministrasen veinticinco pesos al sargento, gratificando así su buena acción; pero éste se rehusó á recibirlos, y entonces el general, otorgándole el ascenso á alférez, lo mandó incorporar al escuadrón Zaragoza. Con gran sorpresa de todos, el sargento tampoco quiso admitir la charretera, manifestando que serviría en su clase hasta ganar el grado en el combate.

En cuanto al padre González, Riva Palacio le dió orden de que fuese á encargarse de la parroquia de la ciudad, como cura propietario; el eclesiástico abrió desmesuradamente los ojos, y apenas balbuceó unas cuantas palabras de excusa. Bien comprendió el general los escrúpulos de González, pues era evidente que él podría mandar en su tropa y en el ramo civil, pero no tenía que ver nada en lo tocante á la iglesia. El general se sonrió, y sacando de su cartera un papel, lo mostró al clérigo, quien á medida que iba leyendo, cambiaba su sorpresa en alegría, acabando por exclamar:

—Justo, muy justo, mi general; estoy á las órdenes de vd.

—Pues á la parroquia á administrar los sacramentos. No dirá vd. que tiene tan mal obispo.

—¡Oh! ¡Si así fueran todos!

Explicaré el caso. Cuando Márquez emprendió su expedición sobre Zitácuaro, en los primeros días del mes anterior, expedición que terminó con la gloriosa jornada del 5 de Julio, había contado con el auxilio moral del cura, que si mal no recuerdo, era el padre Carreón. Este desempeñaba funciones de espía entre los liberales é informaba de todo á Már-

quez, y al mismo tiempo no cesaba de querer atraer á los indios al *buen camino*, haciéndolos traidores. Después que los imperialistas evacuaron la plaza, el cura no volvió á aparecer en Zitácuaro, porque el miedo le despertó los remordimientos. Riva Palacio, temeroso sin embargo, de verlo regresar más tarde, escribió una carta al canónigo D. Pedro Rafael Conejo, Gobernador de la Mitra de Michoacán, poniendo en su conocimiento la conducta antievangélica del cura, y manifestándole que, contra su carácter y su voluntad, se vería estrechado á proceder contra el padre Carreón si volvía á Zitácuaro. Era el Sr. Conejo un sacerdote virtuoso, inteligente, ajeno al espíritu de partido, y como en aquellos días el clero no estaba muy conforme con la política del imperio que seguía una marcha liberal, el Gobernador de la Mitra se apresuró á contestar á Riva Palacio que no volvería á Zitácuaro el antiguo párroco; no sólo, sino que le ofrecía que, á cualquier otro eclesiástico que quisiera servir el curato, tan luego como se encargase de él se le confirmaría en el encargo. He aquí á Riva Palacio ejerciendo el patronato en Zitácuaro, no obstante la independencia entre la Iglesia y el Estado.

El padre González fué muy bien recibido por sus nuevos feligreses, y llegaron á profesarle gran cariño, porque lo vieron siempre consagrado á su ministerio, humilde, laborioso, desinteresado y patriota. Después llegó á aquella ciudad el famoso cura Traspaña, liberal descamisado que se había hecho coronel en la revolución de Ayutla y que, de genio díscolo, había llegado á no tener cabida ni entre los republicanos ni entre los clericales. El cura Traspaña, viendo que se le rehusaba el mando de algún cuerpo de caballería, solicitado con fastidiosa necedad, tuvo en mala hora la idea de tener á su cargo el curato de Zitácuaro, y como no pudiera conseguirlo de Riva Palacio, obtuvo una orden terminante de Salazar (quien deseaba quitárselo de encima), para que el Prefecto Morales le entregara la cura de almas con tanto ardor ambicionada. Aunque la orden fué desobedecida, el padre González, por exceso de delicadeza, se retiró de Zitácuaro para no volver más, y tomó el rumbo del Estado de Guerrero. Se dijo después que llevaba la vida del solitario en uno de los

más escondidos ranchos de la Sierra Madre, y no faltó quien, contradiciendo esta noticia, asegurase que se había ahogado al atravesar el río de Mezcala. Yo consigno estos recuerdos de aquel mártir ignorado de la libertad!

El 13 de Agosto se hallaban reunidos muchos jefes y oficiales de la brigada Riva Palacio, en una fonda que había en Zitácuaro y que se denominaba "La Sociedad del Veneno." Aquella reunión era motivada por un borrego tatemado al estilo de la frontera, con que obsequiaba á sus compañeros de armas el teniente coronel Garza. Era toda una *borregada* y nada más, pues que primero se sirvió el *mondongo ó menudo*, en seguida las *costillitas* asadas, y por último la *cabeza*, todos estos platillos sazonados con sal y pimienta y oliendo á orégano; en aquel día hubo lujo en la bebida, pues circularon copas de tequila y no faltó una que otra de cognac para los jefes superiores. Había llegado la hora de los brindis, proponiéndose por la patria, por el Sr. Juárez, por el general Riva Palacio, por Crescencio Morales, por Nicolás Romero..... cuando de repente sonó el clarín tocando botasilla!

El toque se reprodujo en los cuarteles, tan apremiante, tan sin cesar, que todos exclamaron: ¡el enemigo encima!

¡Y no salió borrego! Casi no hubo tiempo de ensillar; nuestras tropas en desorden y cortados los diversos cuerpos, salieron á escape de la ciudad, al mismo tiempo que más de mil hombres del imperio penetraban á paso veloz por las calles de la entrada de Guadalupe. Eran las columnas de Lamedrid y de Laureano Valdés que, verificando una de sus innumerables combinaciones, trataban de sorprender á los soldados de Zitácuaro.

Estos tomaron posiciones en las alturas inmediatas. Riva Palacio, que en esos días estaba enfermo, dictó, sin embargo, desde luego sus disposiciones. La guerrilla de Julián Solano quedó de avanzada en el puente de la salida del Sur; el teniente coronel Joaquín Urquiza se situó en el molino de Herrerías; Morales, con la fuerza de Zitácuaro, ocupó á Camébaro; Castillo la loma de la Palma; Acevedo y Garza por el rumbo

de Guadalupe, y Riva Palacio con Romero tomaron el camino de Jungapeo. Algunos piquetes, formando la reserva, quedaron colocados tras de Camébaro, en la Encarnación y en Jesús del Río.

Tan inesperadamente invadió el enemigo la población, que el vecindario no pudo abandonarla, según su costumbre, contentándose ese día, por de pronto, con permanecer en sus casas á puertas cerradas. Además, en los momentos de la alarma comenzó á caer una de esas lluvias abundantes que casi se convierten en aguaceros. Pronto pasó el chubasco: la tarde se llenó de rayos de sol, una de esas tardes en que el azul del cielo, la pureza del aire, los perfumes que saturan el ambiente, invitan á dar un paseo para contemplar las alegrías de la naturaleza.

Los oficiales francos de la fuerza invasora salieron á recorrer las calles, lamentándose de que la tarde no estuviese embellecida también con la presencia de las hijas de Zitácuaro que, si tenían la fama de ser muy chinacas, también era sabido que eran guapas por su hermosura y su donaire.

Un grupo de tres oficiales se atrevió á retirarse un poco de las calles céntricas, y habían tomado la dirección del Sur, cuando tuvieron la fortuna de divisar en una ventana á cierta linda zitacuareense, hija de D. Juan Antonio Rodríguez.

—De seguro que nos da el ventanazo, dijo uno de ellos.

—Pues yo creo que antes de que la veamos bien, se nos esconde.

—Sí; todas nos aborrecen de muerte, exclamó el tercero, pero yo les apuesto un par de pesos, que si no se mete le hablo.

—La apuesta debía consistir en que contestara.

—Se entiende.

—Lo veremos.

Durante esta breve conversación se habían acercado los oficiales á la ventana. La joven permaneció en su puesto, vuelto el rostro en dirección contraria. Por más que los oficiales hacían ruido arrastrando los sables, ella no se movía. Por fin, al llegar al pie de la ventana, el que había apostado, dijo:

—Señorita, buenas tardes.

La joven siguió como estatua.

—Si tuviera vd. la bondad de regalarme un vaso de agua...

La niña les dirigió entónces una mirada que no significó otra cosa, sino que practicaría la obra de caridad de *dar de beber al sediento*. Entró apresuradamente á la casa.

—Ya lo ves: has perdido la apuesta; te dará agua, pero no te habla.

El oficial no tuvo tiempo de contestar, porque la joven apareció llevando en la mano, sobre un plato, una copa de agua cristalina. Aquél apuró el contenido é iba á dar las gracias, cuando la hija de Zitácuaro, tomando el plato y la copa, los arrojó en medio de la calle:

—Esos trastos están manchados de traición! dijo, y cerró estrepitosamente la ventana.

El oficial, lívido de cólera, sin pensar en que había ganado la apuesta, prorrumpió en una blasfemia é iba á penetrar por el zaguán, cuando en la bocacalle aparecieron Tito Flores é Ignacio Juimes, disparando sus mosquetes y avanzando á trote largo. Los oficiales, como si les hubieran nacido alas en los pies, huyeron á las volandas hacia el centro de la ciudad.

Amedrentados los traidores por el *santiaguito*, se encerraron en el recinto de la plaza, aprovechándose de esta circunstancia el vecindario para abandonar la ciudad, que quedó silenciosa, en tanto que el campamento liberal presentaba una simpática animación. Había tiendas de campaña construídas de ramas verdes, en donde se agrupaban las familias; puestos que eran verdaderas tiendas; plazas de mercado; músicas á cuyo compás se bailaba y se cantaban himnos á la patria. Aquella población alegre y entusiasta era el mismo Zitácuaro que estaba allí á mayor elevación por su patriotismo.

Amaneció el día 14. Cuando las bandas militares tocaban en Camébaro las alegres notas de la diana, se oyó el disparo de un esmeril que envió su bala á la torre de la parroquia de Zitácuaro. Los imperialistas fueron tan descorteses que no se dignaron contestar este saludo militar, motivo bas-

tante para que todo el día estuviese jugando el esmeril; siendo causa de estrepitosas risotadas en el campo republicano, cada vez que la bala hería algunas de las campanas dejando oír un tañido lúgubre.

Los exploradores de Castillo aprehendieron un correo de Toluca dirigido á Lamadrid. En la comunicación que se le recogió y que fué enviada inmediatamente al general Riva Palacio, se avisaba al jefe imperialista que por circunstancias imprevistas, no concurriría á la combinación sobre Zitácuaro la columna móvil de zuavos y cazadores de Africa que á las órdenes del capitán de La Hayrie debía haber llegado á aquel punto el 11 de Agosto. Se le prevenía, en consecuencia, que defendiese la plaza hasta recibir el auxilio indicado.

Aquella expedición no solamente tenía por objeto dar una sorpresa á los republicanos: se trataba además de establecer definitivamente guarnición en Zitácuaro, fuerte en más de mil hombres de tropas *mexicanas* y en trescientos franceses que debían expedicionar en el Distrito, acabando así con aquella guarida de tenaces guerrilleros.

Todo estaba pensado en regla. El imperio había nombrado prefecto de Zitácuaro á un Sr. Paulin que hizo su entrada juntamente con Lamadrid, abriendo desde luego su oficina y tratando de funcionar. Esto último era un problema de difícil solución, pues no aparecía por ninguna parte alguno de sus gobernados.

En cuanto á los franceses que deberían formar parte de la expedición, eran dos compañías de zuavos y un piquete de cazadores de Africa. Bazaine había comprendido que los guerrilleros de Zitácuaro, conocedores del terreno quebrado y áspero en que vivían, no podrían ser vencidos por tropas que no marchasen con la misma velocidad que ellos, siguiéndolos hasta en los últimos vericuetos de la montaña, cosa imposible para la infantería y difícil para la caballería que no podía hacer frecuentes requisiciones de caballos, como sobre el campo las hacían los guerrilleros. Además de la conveniencia de acabar con aquel foco de revolución, había la circunstancia de que el *Emperador* Maximiliano proyectaba un viaje al interior del país y era fuerza alejar de su camino á

aquellas audaces guerrillas que bien podrían dar un susto á "su majestad." Entonces ideó Bazaine que con una pequeña fuerza de jinetes en caballos escogidos marchase una columna de zuavos montados en *mulas*, á fin de que pudiesen caminar al paso de la caballería, de hacer con ella largas jornadas de día y de noche y de escudriñar hasta el último escondite de las montañas de Zitácuaro.

Una vez concebido el pensamiento, se puso manos á la obra en su ejecución. Fueron escogidos los zuavos que tenían mejores piernas para jinetes; por de pronto, se buscaron entre los cuerpos de la guarnición de México las mulas más mansas; y los vencedores de Sebastopol se dirigieron con sus acémilas al paseo de Bucareli á hacer sus ensayos de equitación. Imagínense los lectores á aquellos hombres que usaban unos pantalones anchos y cosidos de ambas piernas, que al montar se les alzaban como enaguas quedando con las piernas desnudas, agarrados de la cabeza y del tejo de la silla, bamboleándose al paso de la mula y flotando airosa la borla de la coleta. Francamente, yo creo que hacían muy mal los muchos espectadores que iban á ver el ejercicio en soltar la carcajada, cuando los zuavos, unos tras de otros, tenían la desgracia de caerse. Era por lo menos una falta de circunspección muy censurable.

Pero como los golpes hacen al jinete; mal que bien, al mes ó á los dos meses, los zuavos se tenían en la silla y hasta trataron de ostentar á *mula* aquella arrogancia de que hacían alarde á *pie*.

Mientras ellos se perfeccionan en la equitación, volvamos á Zitácuaro, advirtiendo que esta digresión no será del todo inútil.

En la tarde de aquel día (14 de Agosto), se presentaron al prefecto Morales unos indígenas de las inmediaciones, manifestándole que habían recibido orden del titulado prefecto Paulin para que llevasen á Zitácuaro algunas cabezas de ganado, maíz, paja y otros efectos, con la amenaza de irles á arrasar sus pueblos si no cumplían lo mandado: que en consecuencia pedían á Morales auxilio de tropas para resistir á los traidores. Morales dió algunos infantes á los in-

dígenas, ordenó á Solano que se situase con treinta ginetes en tiradores al pie de Camémbaro, y él con los guardias nacionales se dirigió al molino de Herrerías. Como una hora después se vió salir de Zitácuaro una fuerte columna de caballería que tomó el rumbo del pueblo de San Miguel, cayendo en la emboscada que le había preparado Solano; entonces el enemigo retrocedió hacia el cercano pueblo de San Francisco, donde fué recibido á balazos por los infantes que había proporcionado Morales y por gran número de indígenas, armados de fusiles, de lanzas y de hondas; rechazada también de aquel punto, la caballería se lanzó á escape tratando de apoderarse del puente; pero ya se encontró en él á Solano que lo defendía con sus tiradores.

Entretanto, se habían puesto en movimiento los guardias nacionales y la gente de los pueblos mencionados sobre la retaguardia del enemigo, lo cual, observado por éste, lo determinó á retirarse en verdadera fuga hacia la ciudad.

No sé quién dió la noticia en el campamento de Camémbaro de que aquel movimiento de la caballería enemiga sólo había tenido por objeto distraer la atención de los republicanos, mientras que el grueso de las fuerzas traidoras hacía su retirada á Toluca. Oír esto las familias de Zitácuaro en el momento en que aquella caballería penetraba á la plaza y descender todas en confusión para volver á su hogar, fué cosa que se hizo impremeditadamente. Ya iban diseminadas por las calles de la ciudad, cuando salió de la plaza una columna, casi toda la guarnición, haciendo fuego sobre las familias y sobre los republicanos que habían derrotado á la caballería enemiga.

Fueron aquellos unos instantes de terrible angustia: las familias se encontraban en medio de las dos tropas combatientes, recibiendo un fuego nutrido de parte de los imperialistas, en tanto que los nuestros habían cesado de disparar por no causar daño á la gente de Zitácuaro: la fuga en aquellos momentos era el recurso más peligroso.

Por fortuna esta situación llegó á oídos de Francisco Serrato, quien inmediatamente se puso á la cabeza de algunos mozos de su hacienda y de algunos vecinos que andaban á caballo, y rápido se dirigió por una calle, atacando al ene-

migo en la mitad de su columna é imposibilitándolo, por lo mismo, de hacer fuego, mientras que él y los suyos disparaban sus armas en todas direcciones. Este rasgo de audacia y de valor de sólo veinte hombres bastó para introducir el desorden entre los imperialistas, y sobre todo, fué la salvación de las familias de Zitácuaro. Permitió también á Morales y á los suyos retirarse en buen orden á volver á tomar sus posiciones. Serrato, á su vez, salió paso á paso por rumbo distinto, sin dejar de batirse con los que lo perseguían.

El enemigo se situó en la loma del Calvario y estuvo haciendo fuego con su artillería toda la tarde sobre el campamento de Camémbaro.

En la noche estuvo cayendo una lluvia torrencial que cesó á las cuatro de la mañana. A esas horas recibió Morales una comunicación suscrita por Nicolás Romero, cuyo contenido se comprenderá en el curso de esta narración.

En caso de evacuar la plaza, el camino más expedito para el enemigo era el del rumbo de la Asunción Malacatepec. En la angostura del punto llamado "Los Ahorcados," el general Riva Palacio había dispuesto una emboscada á las órdenes de Castillo, Acevedo y Garza, con un efectivo de ciento cincuenta hombres escogidos, auxiliados por otros tantos indígenas de Zitácuaro, esparcidos en tiradores en los linderos del bosque. Solano se situó en el puente de la salida para la Encarnación; Granda estaba en la mesa de la Palma; Morales en Camémbaro, á la vista del enemigo. El camino de Tuxpan y Angangueo quedó cubierto con los indios de Zirahuato, una pequeña partida de caballería y algunos rancheros de Púcnaro y de San José Purúa.

El total de estas fuerzas, "Brigadas unidas" de Riva Palacio y de Morales, alcanzaba un efectivo de ochocientos hombres.

Al rayar el alba del día 16, el último de los jefes mencionados simuló un ataque sobre Zitácuaro, penetrando algunas guerrillas á las calles de la ciudad.

Entretanto Nicolás Romero, con su escuadrón Zaragoza, se acercaba cautelosamente. Montó quince infantes á la grupa de otros tantos caballos, y llamando por sus nombres á siete de sus soldados, les dijo:

—Negritos, me van á hacer un favor. ¿Me lo hacen?

—Ni lo pregunte, mi coronel.

—Es que ahora necesito más de la maña que del valor.

—Pues según como vd. nos tantee.

—Pues bueno: se me van pian, pianito, á pie; escondiendo sus mosquetes; dispersos, pero á una vista, y me agarran á la avanzada de los mochos, sin disparar un tiro, ni soltar un grito, los amarran, les echan una mordaza en la boca y me los azorillan á la orilla del camino: en seguida se uniforman ustedes con los vestidos de los mochos, se montan en sus caballos y se arman con sus mosquetes y sus sables. Uno de ustedes se queda cuidando á los azorillados y los demás se van á esperarme á la izquierda del camino. ¿Lo hacen?

—Haga de cuenta que lo está viendo, mi coronel, pierda cuidado.

—¡Ah! se me olvidaba. Para que vayan mejor disfrazados, llévense tres ó cuatro viejas para que los crean rancheros, con eso con ellas me mandan avisar que están listos.

—Pues con permiso de usted.

Aquellos hombres y cuatro soldaderas partieron en cumplimiento de su comisión. Dos de las mujeres se adelantaron, llevando ostensiblemente cada una en la espalda una *dama juana* de aguardiente refino: á los lados iban los demás adivinando, mejor que viendo, que marchaban todos sin desviarse de la línea.

Llegaron las mujeres á donde estaba la avanzada, compuesta de siete hombres, entre ellos un sargento: al descubrirlos fingieron aquellas asustarse y trataron de retroceder, pero en un momento se vieron rodeadas.

—Ustedes son espías, dijo el sargento.

—¡La virgen de Zitácuaro me valga! Como en este tiempo no pueden caminar los hombres, nosotros salíamos á buscar la vida, vendiendo el aguardiente. Mire su merced, aquí lo traímos.

—Será aguardiente que les llevan á los chinacos.

—¿Para qué hemos de engañar á su merced? á ellos se lo vendemos, pero caro.

—Tan buenos que son ellos para pagar.

—Pues lo cierto es que nos lo mercan, pues si no lo hicieran así, no les volveríamos á llevar.

—Lo que les llevan ustedes es alguna comunicación.

—Pues si quiere, mándenos esculcar, salvo la parte.

El sargento se rió, y ya menos adusto, dijo:

—De todos modos ustedes están en connivencia con los chinacos, puesto que les llevan víveres; déense de santos con perder no más el refino.

Al oír esto los soldados, echaron pie á tierra y se apoderaron de las *dama juanas*, y de sargento abajo apuraron sendos tragos. Entonces se armó una disputa entre ellos y las mujeres, tratando éstas de arrebatar las vasijas y aquéllos queriendo agotar el contenido, por temor de que el sargento les ordenara devolver el resto á las mujeres.

Naturalmente esta escena duró algunos minutos, los bastantes para que los soldados vieran nublado y sintieran que se les doblaban las corvas.

En aquellos momentos aparecieron los siete chinacos y las otras dos mujeres, como brotados del suelo. Las cuatro mujeres, con una rapidez increíble, cortaron los caballos á un lado del camino, en tanto que los hombres se echaron sobre sus contrarios, los derribaron en tierra, les ataron la boca con los pañuelos y los amarraron de pies y manos. Todo esto fué obra de unos cuantos instantes; más tardaron los chinacos en vestirse después los uniformes de los soldados. El que hacía de jefe de aquéllos designó á uno de sus subalternos para que se quedase cuidando á los prisioneros y dió orden á las mujeres de que fuesen á dar parte al coronel.

Esta disposición se cumplió en términos distintos de los ordenados. Veámos cómo.

Riva Palacio estaba impaciente de saber el resultado é interrogaba á cada momento á Romero. Por fin se vió venir corriendo á todo escape á una de las soldaderas. Romero se puso más adusto y Riva Palacio rojo de cólera.

—Ya fracasó el plan, no viene más que una sola mujer.

—Pues si no era tan fácil, general.

En esto llegó la soldadera, y sin poder hablar por lo precipitado de la respiración, entrecortadas las palabras, dijo á Romero:

—No tiene usted más novedad, mi coronel, que ya están azorrillados los traidores y los siete hombres de usted ya lo esperan en la orilla de Zitácuaro.

—¿Cómo los siete? ¿qué, no se quedó alguno cuidando á los mochos?

—No, mi coronel, todos los hombres marcharon, pues sólo las otras tres viejas los tienen acorralados como borregos de *trasquila!*

—Adelante, gritó Romero á sus doscientos jinetes, y como una avalancha se precipitó sobre Zitácuaro. En los suburbios recogió á los siete *dragones uniformados* y poniéndolos de descubierta á larga distancia de la tropa, penetró en las calles.

La avanzada siguió paso á paso en dirección á la plaza, y aunque fué vista por el enemigo, éste creyó que era alguna partida exploradora de su propia tropa y nadie se alarmó.

Romero tomó á la izquierda, yéndose á situar á un callejón angosto y escondido.

Los quince chinacos, que llevaban á la grupa otros tantos infantes, tomaron el rumbo del acueducto, y volviendo luego hasta la espalda del templo, llegaron á la puerta falsa del ruinoso convento y se internaron en él. Allí desmontaron los infantes.

Trasladémonos ahora al lugar donde estaban los imperialistas. Aunque las guerrillas de Morales se habían reconcentrado á su campamento, después de haber ido á tirotear á los imperialistas, éstos creían aún ser atacados por el Sur. En espera, pues, del nuevo ataque, estaban formados en los cuatro lados de la plaza, teniendo en el centro la artillería. A gran prisa cargaban las mulas con el equipaje y el parque. Las soldaderas tenían puestos sus sombreros y remangadas las enaguas. Todos estos preparativos indicaban que el enemigo se hallaba próximo á evacuar la ciudad; pero mientras estaban temerosos de verse acometidos de nuevo por la fuerza de Morales, motivo por el cual aún no retiraban el retén de un oficial, un cabo y diez soldados que estaba puesto en la torre de la parroquia.

A este punto se dirigieron silenciosamente los quince infantes que se habían internado al convento. Al acabar de as-

cender la escalera, se agruparon hasta donde fué posible y cayeron á bayonetazos sobre el retén, cuyos soldados fueron hechos prisioneros, quedando todos heridos. En el acto los nuestros soltaron un repique á vuelo.

Señal que sirvió á Nicolás Romero para lanzarse súbitamente sobre la plaza, en donde habían entrado la confusión y el pánico de lo desconocido. Muchos hombres cayeron bajo la lanza de los guerrilleros, y acaso la derrota se habría pronunciado entre los traidores, si el jefe de la artillería no hubiera enfilado los cañones sobre los guerrilleros, soltándoles botes de metralla, aun á riesgo de herir ó matar á los mismos imperiales. Nicolás Romero mandó tocar reunión, hizo todavía una tentativa de ataque sobre la batalla del enemigo que se había ya reorganizado, y afectando un temor inusitado, se retiró á gran prisa por el Norte de la ciudad, habiéndose reunido antes los hombres que habían tomado la torre.

El enemigo esperó más de una hora que se repitiera el ataque; pero observando que los de Camébaro permanecían quietos, y sabiendo por sus exploradores que Romero regresaba hacia Tuxpan, determinó hacer su retirada.

Se supo después por unos espías, que en aquellos instantes había recibido Laureano Valdés un correo enviado por el cura de Santo Tomás, avisándole que en el camino de los Ahorcados los esperaban chusmas numerosas de indios y chinacos. En consecuencia, los dos jefes de la columna imperialista resolvieron cambiar el rumbo de su retirada.

En efecto, Lamadrid y Valdés, dejando más de cincuenta soldados muertos en la plaza y calles de Zitácuaro, y llevándose siete cadáveres de sus oficiales, emprendieron resueltos el camino del Sur, abandonando á la izquierda el de la Asunción. En vano envió Morales á Solano para que los detuviera, en vano él mismo con su fuerza descendió de Camébaro; la columna compacta del enemigo, protegida por los fuegos de artillería que *iba á la prolonga*, pudo abrirse paso y avanzar velozmente hasta Laureles. Serían las diez de la mañana, cuando los imperialistas evacuaron la ciudad, y la una de la tarde cuando Romero, Castillo y Acevedo se reunieron á Morales y, forzando la marcha, emprendieron la persecución del enemigo.